

*Memorial del
tiempo o Vía de
las conversaciones*

Jesús Morales Bermúdez



SHp
MEX
Mor B
1



Premio Bellas Artes de Literatura
Testimonio 1986

1660153

PROLOGO

La noche del cuatro de octubre de 1973, recostados en el interior de la ruina del templo de Moyos, con la fresca sensación que siguió a la lluvia, con el luminoso espectáculo de las constelaciones, sostenía mi primera charla con uno de los nativos. Acaso por la misma ilusión de intimidad que provoca la lluvia, aquella conversación se expandió con hondura a lo largo de la común sensibilidad. Concluía la festividad del Santo de Asís y, no hacía más de diez horas en que, por decisión intempestiva, hiciera mi arribo hacia aquella región.

Era el comienzo de una ruta que habría de conducirme a dimensiones humanas que en gran medida, determinarían el desarrollo de mi vida futura. No imaginaba lo que habría de vivir: la ruptura de posiciones y actitudes, hacia una disposición de mayor cordialidad y, acaso, armonía con la naturaleza. Alentaba mi presencia por aquellos lugares, la gana de participar en proyectos de desarrollo dentro de la preocupación liberacionista de la década, tan fuertemente golpeada semanas atrás con el asesinato de Salvador Allende.

Se trataba de un esfuerzo por hacer coherentes las inquietudes que siguieron al movimiento estudiantil de 1968 y al jueves de Corpus del año de 1971: destino generacional. Destino también, que me condujo a vivir entre los ch'oles por un periodo de cuatro años y, dos más, con los tzeltales de la selva y de la sierra. Por esos años, gran parte de las preocupaciones de estudiantes, militantes, trabajadores sociales, etcé-

tera, giraban en torno a la construcción de una nueva sociedad; de un hombre nuevo. Se iniciaba el desencanto.

En el territorio de mi experiencia personal, junto a las preocupaciones de carácter político, procuraba el cultivo de cuestiones antropológicas y, por supuesto, literarias. La geografía poética era, quizás, mi mayor preocupación. Nunca olvidaré el universo de conversaciones que, en nuestra casa de Sabanilla, sostuve con el poeta Víctor Manuel Cárdenas ni las charlas que en los caminos entretajimos con los indígenas ch'oles. Fuimos, ciertamente, posesión de la elocuencia.

Tampoco podré olvidar mis lecturas de *Rayuela* en plena selva; *Concierto Barroco*; *Residencia en la Tierra*; *Viaje a la Muchedumbre*, y otros muchos en diversos lugares de la sierra. Tomando café, bebiendo pozol, escuchando a Corelli. ¿Cómo olvidar a Agustín Alvarez el indígena tzotzil que, por un extraño azar, un día descubrió al Neruda de *Fin de Mundo* y se fascinó hasta su declamación a lo largo de asambleas y de comunidades?

Por primera vez tuvimos acceso al mundo de lo concreto; por una vez nos hermanamos mestizos con indígenas y nos compartimos desinteresadamente nuestros conocimientos. Caminamos juntos y nos caló la lluvia y dormimos los mismos suelos, compartimos comida, pozol, sudor y aguardiente. Lloramos por los muertos. Por el Dieguito que se nos fue de tanto comer tierra; de tanta gana de volverse hacia la tierra. Rezamos las mismas plegarias y, aún en medio de nuestra incredulidad, fuimos sacerdotes cuando así nos lo exigieron. Esperanzamos un mundo de mayor justicia. Aprendimos que los poderes locales hecen que la tierra sea una conquista que alimenta con sangre su corazón.

Los indígenas ch'oles del norte del estado de Chiapas nos acogieron y nos hicieron parte de su vida. Logramos la síntesis de lo múltiple para acceder a lo uno en reasimilación misteriosa, como diría Artaud. Hasta que la miopía de los poderosos de la región puso en claro que nuestra presencia podría significarles una carga, más que una compañía, y nos tomaron como

pretexto de provocación en lugar de desarrollo en medio del gusto y la armonía tan propias de los indígenas. No es remoto que esta expulsión del paraíso nos repercuta en destierro por el mundo, en ansia de volver; así sea a través de la literatura.

Memorial del tiempo o *Vía de las conversaciones* se impuso por sí mismo y se impuso por sobre cualquier otro tipo de preocupaciones literarias. Si creyera en la inspiración afirmaría la gratuidad del hecho literario; confirmo, en cambio, que uno retribuye las deudas que adquiere a lo largo de la vida. En este caso, para decirlo con sus palabras, los protagonistas han venido a asentarse en mi corazón, han venido a vivir un tiempo en mí, para no vivir solos; para no volvernos olvido. Con ello intento señalar que no existió un previo trabajo de rescate de materiales, de grabación, elaboración de diario de campo, fichas, sistematización, etcétera. Presumiblemente habría sido posible, y sin duda, ofrecería un resultado más rico y sugestivo. Pero no era el interés de entonces.

Visto a la distancia podríamos añorar que se nos fuera un tiempo inmejorable para codificar significativo trabajo etnográfico. Estuvo todo a nuestro alcance menos el propósito de una investigación de esta naturaleza; simplemente "nos entregamos a lo que se llama vivir", como dice un poema. Sobre todo, a vivir con la gente y sus problemas. Es normal, entonces, que conociéramos sus preocupaciones, formas de vida, estructuras mentales y lengua; lo que nos permitió desplazarlos a lo largo de toda la zona y platicar por todos lados. Adquirimos una sensibilidad que nos grabó en la médula cada instante. No he hecho sino abrir la memoria y estructurar los relatos.

Está por demás decir que todos los personajes existen, aún cuando llevan otros nombres, que los relatos y los sucesos son verdaderos, que aunque no le ocurren a un solo personaje, reflejan el mundo simbólico y social de la región.

El narrador Diego Alfaro Tigre-Pescado, por ejemplo, es la síntesis de muchos ancianos de los cuatro municipios pero también es la imagen fiel de don Diego Alvarez Parceró, indígena de la Colonia el Ceibal. Diego es conversador, cami-

nante, sanmiguelero, bebedor, panadero, tejedor de redes, músico y muchos más. Doña Lencha es retrato casi impecable de doña Concha López de Sabanilla. El párrafo que cierra el segundo capítulo es la reconstrucción textual de lo que expresó una mujer durante su agonía. Después escuché fragmentos similares en otros lugares y casos. La adivinación y la caja de San Miguel eran comunes en la región y una gran festividad en Soyaló; la curación efectivamente es así y es Joloniel el lugar por excelencia. Los sueños son, en realidad, determinantes en el destino individual y colectivo; la conquista de la selva y la lucha agraria tienen variables similares de esperanza y represión.

Sin embargo, no es interés del libro hacer una cronología de la represión en Chiapas. Cualquier investigador podría hacer el seguimiento hemerográfico de los últimos diez o doce años; constatará sangre y llamas a lo largo de tantas comunidades destruidas. Y no son, ciertamente, las comunidades quienes han propiciado estos actos. Apenas si, acaso, soliciten el reconocimiento de sus derechos. Su derecho a la vida, su derecho a la dignidad, su derecho a la tierra, al trabajo, a sus formas de vida, a su paso significativo y sencillo por la existencia. A nadie es posible negar estos derechos, independientemente del modelo de desarrollo que la sociedad dominante persiga. A nadie es posible condenar a muerte, al olvido, sólo porque su visión del mundo, las formas de su adaptación a la naturaleza y a la sociedad sean diferentes. Por el contrario, juntamente la diversidad, la diferencia, enriquece la herencia de la humanidad; la destrucción de esa diversidad nos empuja, irremediablemente.

Cuánta razón tiene el testimonio de aquel indígena cakchiquel que relata cómo los kaibiles ponen cuidado en rematar a los niños y a los ancianos. A los niños, para arrancar de cuajo la esperanza; a los ancianos, para exterminar la sabiduría. Concluye diciendo que cada anciano asesinado se asemeja al incendio de una biblioteca.

Esta reflexión en torno al respeto y salvaguarda de los pueblos indígenas en términos de igualdad, es el carácter del libro. Es un libro que testimonia el mundo indígena y busca

testificarlo desde lo indígena. *Memorial del tiempo* es: a) un producto de innumerables conversaciones; b) es una presencia que rompe el tradicional silencio indígena, y c) atrapa una modalidad del hablar popular.

En el primer sentido es, por muchas razones, un auténtico "memorial" una auténtica "vía de conversaciones" con los pueblos ch'oles. Cuando los ch'oles "platican" ejercitan la memoria, tratando de recordar los sucesos; efectivamente realizan un "memorial", en el sentido que le dan a esta palabra los cristianos: "hacer presente, renovar, vivir aquí y ahora, en este instante, lo que sucedió (al momento de la cruz); ese es el sentido del misterio". En esa dimensión los relatos de los ch'oles se renuevan, viven de nuevo lo que sucedió en aquellos instantes, cuando los vivieron.

Por otra parte, al escribir ese mundo de relatos, también fui preso del "misterio", del memorial; porque nuevamente evocué el instante vivido pero lo hice "aquí y ahora": hice el memorial. Dolorosamente reconozco que la transcripción de los relatos es como "robar" un poco de la vida de estos pueblos; es, quizás, empobrecerlos de alguna manera. Solamente la restitución de la memoria, generará mayor riqueza. Esa es, en última instancia, la intención de este memorial. El hecho de que se nombre *Memorial del Tiempo* no es más que una tautología por preocupaciones fonéticas.

En el segundo sentido, "ruptura del tradicional silencio", es quizá un abuso, en un intento por llamar la atención de la sociedad acerca de la existencia de las culturas indígenas. Es un abuso porque es incurrir en otro tipo de lenguaje que no es el lenguaje de su silencio. Es por demás violenta la fuerza de su silencio que muestra, al cabo de los siglos, su rechazo, su ignorancia por una lengua que se les impuso, por medio de la violencia y la destrucción.

Quizás es más brutal el silencio que el canto de las sirenas. Así es como he aventurado este ¿naufragio?, solamente para no desgastar la violencia del silencio. O ¿es, acaso, natural el grito cotidiano de sus denuncias en los periódicos, huelgas de hambre, ante la violencia brutal, el despojo, la gana de llevar al culmen los etnocidios, en aras de la "vida moderna"?

El tercer aspecto es el que se refiere al lenguaje. El libro está escrito en una modalidad que en Chiapas se conoce como "castilla" o "castilla" y responde a formas populares de expresión. Sin embargo, la modalidad que ofrece el libro es una modalidad indígena de comunicarse en español; más aún, es una modalidad ch'ol. Es de alguna manera, una traducción. Quizás su virtud sea la de ofrecer "la" traducción de una concepción del mundo, de una filosofía, de una sensibilidad diferente. Es la búsqueda de acercar dos mundos a través del lenguaje.

Pienso que el relato no podría haber sido escrito de otra forma. En esta manera de escribir o de hablar, está presente la larga paciencia de los pueblos indios; la paciencia para permanecer sentados observando el paso de los elementos, esperando cada nuevo ciclo agrícola; la paciencia de estar ahí, incisivamente aislados, marginales, repitiendo acciones y sucesos con esa larga paciencia tan propia de ellos: su única posibilidad de sobrevivencia.

Este libro es testimonio de un lenguaje, como testimonio de lo que es la vida interna de estos hombres del campo, he procurado fidelidad a cuestiones fundamentales: a la sintaxis, al sentido de oralidad, a las formas de contar, mediante frases largas, interconexas. Tan largas como su desplazamiento en la sociedad, interconexas a la marginación y al desprecio de siglos. Habría que imaginar que los ritmos se desenvuelven conforme a los ciclos agrícolas; habría que leer tratando de escuchar la cadencia de la lluvia, el canto de las aves y del viento. Ahí están las claves de los relatos orales; de estos que conservan la misma intención. Intenté llevar hasta sus últimas consecuencias el hablar: traducirlo en literatura. También intenté atrapar una estructura mental en la construcción del español. Si el recurso de la redundancia es excesivo, es que la fenomenología semántica, sintáctica, acaso espere, al cabo de las vueltas, el retorno a los lugares y momentos primigenios.

Ciudad de México
marzo 31, 1986.

MEMORIAL DEL TIEMPO

estamos para oír, pues. Y ya mero como está la noche, entonces que se empieza el baile y ¡puta! nomás sale polvo onde sólo se pasa zapateando. Igual todos que se andan echando baile desde niños y hombres y toda la mujerada. Harto zapateado andan echando. Toda la noche así pasamos, echando baile y zapateado; hasta que se amaneció.

Y ya como lo vemos que está amanecido, entonces que nos vamos en nuestra casa que nos tienen señalado. Porque antes, así como estamos que llegamos en su pueblo los Moyos, ese momento que el Chayo nos dice que es posible vamos a entrar en cualquier casa que es nuestro gusto; cualquier casa es que se puede llegar; como somos convidados, pues. Es que es costumbre entre mismos, cuando hay fiesta de convidados, que vamos a dar sus comida y sus pozol cualquiera que se llega a visitarnos nuestra casa. Hasta ahí mismo que se puede dormir. Pero siempre hay, también, que lo señalamos un casa especial para que nos guarda sus cosas y hace sus comidas y hay su compañía para ese familia. Así lo tenemos de costumbre, pues. Entonces, así es como lo hace el Chayo que lo señala su casa onde nos vamos cada uno los que somos convidado. Por eso te lo platico que ya cuando está amanecido, así como está acabado el baile pues, así, que nos vamos cada uno en su casa que lo tiene señalado, para que vamos a tomar café y para que vamos a hacer un poco nuestro descanso como ya hay cansancio pues, según como ya lo caminamos todo el día y según, como ya lo echamos baile en la noche; ya es razón para que hacemos nuestro descanso. Pero solo un rato nomás. No váiste a pensar que dormimos mucho rato. No; solo un rato descansamos. Como de por sí somos campesino, caso se sabe para que vamos a dormir cuando está el día. Ya cuando está que quiere amanecer es que nos levantamos tempranito para ir en nuestra milpa. Por eso no lo sabemos dormir cuando está el día. Hasta en la noche que ya nos regresamos nuestra milpa es que lo pensamos para que vamos a dormir. Y así lo hacemos, también, cuando es que hay fiesta. Y como de por sí es día para que vamos a bañarlo San Francisco y vamos a ponerlo su vestido limpio San Francisco, como es "Día la Mudada" pues, así lo entendemos que es mejor para estar temprano todos

juntos y que nos vamos a buena hora en el río y no los agarra tan duro el sol.

Aistamos juntos en su atrio la ermita para empezar su procesión de la "Mudada". Hasta adelante lo ponen sus mayordomos los santitos; todos santitos que se van de convidado. Adelante van, con sus banderas de colores, con listones sus banderas, van los mayordomos hasta adelante. Y ai en medio, su mayordomo San Francisco que es su mayordomo principal la fiesta. Así lo ordenaron el procesión. Y ai atrás onde van las banderas luego, luego los colocaron los musiqueros. Bastantes los musiqueros. Como hay musiqueros que vinieron en todos lados que son de convidados, por eso ai bastante hay que lo acompañan su "Mudada" el San Francisco. Aistán musiqueros de Sabanilla y de Xoctic y de Carranza y de Naylúm y Moyos y quien sabe de onde más, echando sones y flautas y tambores. Alegre está eso de sonido; pum-pum-pum-pum-pum-pum-pum rápido, macizo suenan los tambores y ptri-ptri-ptri-ptri se oyen las flautas; bastante que van sonando. Y según como se acaban las flautas y los tambores, se oyen las guitarras y los violines que tocan de "Procesión", de "Advenimiento", "Santo Tomás" o "El que se Va en el Río". Ya pa que te cuento cómo van las músicas. De hecho ya lo tiéneste visto cómo lo hacemos cuando tenemos de hacer fiesta. Así, pues, que suena alegre. Hay sus músicos o de mayordomos que lo tienen puestos sus sombreros con listones; hay así que lo tocan y se pasa que van bailando. Entonces alegre se sube el gana; ya nomás quiere que vamos para seguir la fiesta. Sí, pues. Sí. Y atrás los músicos lo ponen el San Francisco y ai lo van cargando según como lo colocaron en su tapesco y ai va el gentío con San Francisco y así nos vamos para hacer su baño de San Francisco; para ponerlo su ropa limpia, pues. Entonces lo agarramos camino pa' donde está el río; en pura bajada lo caminamos, y según ya está que llegamos en el río, entonces las mujeres que se meten en el río y hay unas que lo lavan sus ropas el San Francisco y hay otras mujeres que lo preparan las tinas de pozol para que luego los tomamos entre todos.

Y mientras pasa que las mujeres lo lavan las ropas o lo hacen pozol, entonces aistán los mayordomos que lo agarran el